

## ***Los Fuereños: La Ciudad como Fuente del Mal.***

Dr. Horacio González López\*  
Mtra. Irene Marquina Sánchez\*\*

\* Instituto de Investigaciones Psicológicas  
Universidad Veracruzana, México  
[horacio50@gmail.com](mailto:horacio50@gmail.com)

\*\*Facultad de Idiomas  
Universidad Veracruzana, México  
[imarquinasan@gmail.com](mailto:imarquinasan@gmail.com)

### **Resumen**

Las ciudades latinoamericanas contemporáneas se presentan al análisis social actual, como espacios problemáticos. El escrito busca abordar la relación entre las formas de la convivencia y la ciudad. Aunque esta última ha sido generalmente tratada como un espacio físico, su aparición dentro de la literatura ha hecho de ella un espacio narrado. El escrito hace un recorrido histórico sobre la relación entre las formas de la convivencia, y los espacios físicos implicados en la habitación residencial y, sobre todo, en la ciudad. Mientras que las ciudades europeas se desarrollaron sin interrupciones históricas significativas, las ciudades latinoamericanas, en particular, la ciudad de México, se erigió para borrar el pasado autóctono y para establecer, en su lugar, una Ciudad Ideal destinada a un buen vivir exclusivamente europeo. Con la consolidación de la Independencia, la ciudad perdió su carácter de Ideal y en ella vinieron a residir el avance de la civilización y la fuente del mal. Esta residencia es la perspectiva delineada por José Tomás de Cuéllar en su novela *Los Fuereños*, publicada en 1890.

**Palabras Clave:** Espacio. Ciudad. Fuereños.

### **Abstract**

Contemporary Latin American cities are presented, in the social analysis of today, as problematic spaces. This paper seeks to deal with the relationship between the ways of living together and the city. Although the latter has been generally treated as a physical space, its appearance in the literature has made the city a narrated space. This paper makes a historical trip through the relationship between the ways of living together and the physical spaces implied in residential room and, over all, in the city. While European cities developed without significant historical interruptions, Latin American cities, in particular, Mexico city, was built to erase the indigenous past and to establish, in its place, an Ideal City planned for an exclusively European *savoir-vivre*. With the consolidation of the Independence, the city lost its Ideal character and the progress of the civilization and the source of evil came to live in it. This dimension of the city is the perspective that José Tomás de Cuéllar outlined in his novel *Los Fuereños*, published in 1890.

**Key Words:** Space. City. Outsiders.

### **Introducción.**

A casi cinco siglos de la primera pisada española en suelo de América continental, las grandes ciudades latinoamericanas se presentan sobrepobladas, desordenadas y violentas, muy alejadas de los niveles de civilización alcanzados por las ciudades europeas de las cuales partieron los españoles del siglo XVI.

Mientras que las ciudades europeas se desarrollaron de manera relativamente ininterrumpida desde su fundación en la Edad Media, en México, la Conquista y la Colonia impusieron un vacío necesariamente artificial, en el cual se erigieron las, ahora, ciudades mexicanas, para alojar y asentar lo español en una España Nueva, y para borrar, en ella, todo lo autóctono. La idea de un nuevo ‘bien vivir’, y la idea de una nueva *Ciudad Ideal* que sería ‘buena’, que estaría alejada del ‘mal vivir’, y que físicamente sería recta y ortogonal como un tablero de Juego de Damas, son ideas que yacen detrás de las ciudades latinoamericanas erigidas con la Colonia.

En México, ese ‘bien vivir’ estuvo exclusivamente destinado a peninsulares y a criollos y, así, la residencia en esas *Ciudades Ideales* y el acceso a ese ‘bien vivir’, quedaron prohibidos para los indios. A ellos se les permitió conservar sus pueblos y, así, la dualidad primigenia ‘Viejo Mundo - Nuevo Mundo’, fue duplicada varias veces más: República de Españoles - República de Indios, leyes de españoles – leyes de indios, costumbres españolas – costumbres de indios, ciudades españolas - pueblos de indios. La duplicación de esa dualidad representó una forma de ordenamiento que no incluyó a los mestizos. Ellos se movieron transversalmente a los espacios, a las costumbres y a las leyes. El triunfo de la guerra mexicana de Independencia, la invasión de los Estados Unidos a México en la primera mitad del siglo XIX [1846-1848], y sobre todo, el triunfo del Movimiento de la Reforma [1867] que hizo de México un país oficialmente laico, y la expulsión de los invasores franceses, en la segunda mitad del siglo XIX [1862-1867], iniciaron el fin a la exclusividad del ‘bien vivir’, y acabaron con la incuestionable honorabilidad de españoles y criollos. Los mestizos se hicieron ciudadanos y sus maneras —distorsionadas interpretaciones de las maneras de convivencia españolas y criollas (Carballo, 2001, p. 202)— dominaron una ciudad que había empezado a perder su ortogonalidad, y en la que el ‘bien vivir’ y el ‘mal vivir’ habían empezado a cohabitar.

La suave pero oficial expulsión de las ideas católicas de convivencia y la búsqueda, también oficial, de instaurar maneras de convivencia basadas en la cientifización de Dios y en la teologización de la ciencia (Pizarro, 1868), las cuales eran las maneras buscadas por el Movimiento de la Reforma, nos hicieron creer que la historia de las relaciones entre el espacio y las maneras de convivir, es decir, entre la ciudad y la habitación, y las maneras de la convivencia, era una historia irrelevante.

La anterior creencia y el vacío impuesto por la Conquista sobre la continuidad de la América autóctona, crearon un vacío adicional. El *Catecismo de Moral* de Nicolás Pizarro (1868), parece proponer que, en cuanto a maneras de convivencia, nada relevante hay antes de la consolidación de México lograda por el Movimiento de la Reforma, en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, ese vacío adicional se muestra lleno, cuando es puesto a la luz de la historia europea de la relación entre la ciudad, la habitación, y las maneras de la convivencia, relación de la cual México heredó sus maneras de convivencia.

Este escrito busca hilar una parte de la historia arriba apuntada. Otra parte de este escrito aborda el problema del espacio narrado por la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XIX. Dentro de este abordaje, el escrito pone en relieve el papel acordado a la ciudad por José Tomás de Cuéllar [1830-1894], en su novela *Los Fuereños*. Para este autor, la ciudad es simultáneamente residencia del progreso

civilizatorio, y fuente del mal. Pero el mal es sufrido tanto por los ciudadanos como por los provincianos, por los establecidos y por los Fuereños.

Los literatos mexicanos del siglo XIX, en particular los representantes del Romanticismo, del Costumbrismo y del Realismo literarios (Warner, 1953), retrataron lo que ellos consideraron que era la ‘realidad’ del ‘bien vivir’, del ‘mal vivir’ y, en general, de las maneras de la convivencia de su momento. Ellos pusieron en relieve una vieja escisión: el refinamiento de la ciudad y la rusticidad del campo. A esta escisión sobrepusieron cuando menos dos separaciones más, la del ‘bien vivir’ y la del ‘mal vivir’, y la eterna separación del bien y del mal. El refinamiento de la ciudad fue dotado de la capacidad de producir el mal. Paradójicamente, el ‘bien vivir’ ciudadano se definió a partir del refinamiento de las maneras de convivencia, de la riqueza material, del ocio y de la ostentación de la riqueza por encima de toda moral. La rusticidad del campo quedó relegada a santuario de virtudes despreciables desde la óptica citadina: la modestia, la sinceridad, la fidelidad, el recato, la continencia.

Mientras que dentro de la propuesta ofrecida por Norbert Elias y Scotson en *Los Establecidos y los Forasteros* (2008; 2003), en términos de la inscripción espacial, no hay diferencia alguna entre los *Establecidos* y los *Forasteros*, ambos son habitantes del mismo poblado: Winston Parva. Para los literatos mexicanos Románticos, Costumbristas y Realistas del siglo XIX, los ciudadanos son los establecidos, y quienes llegan a la ciudad, como meros visitantes venidos de provincia, son los ‘venidos de fuera’, los *Forasteros*, los *Fuereños*.

### **Civilidades: Acciones y Habitaciones.**

En *El Proceso de la Civilización*, Norbert Elias analiza la génesis psicosocial de las formas de la convivencia humana y social en las sociedades Europeas, particularmente en Francia, a partir del Renacimiento, entendidas esas formas como expresión de avance o de progreso social. Ese análisis devela, así, los conceptos —v.g.: *Cortesía, Civilidad, Urbanidad*— empleados para expresar la conciencia alcanzada por esas sociedades acerca de tales formas de convivencia, e igualmente devela los conceptos —v.g.: *Civilización, Cultura*— empleados para expresar la conciencia alcanzada igualmente por esas sociedades, acerca del valor o de la relevancia acordada a esas mismas formas.

El análisis conducido por Elias en esa obra incluye, también, el análisis de la génesis psicosocial de las acciones, y de las prácticas humanas y sociales ligadas al empleo de esos conceptos, ligadas al cultivo de esas conciencias, y ligadas, incluso, a sus transformaciones.

En el libro *El Proceso de la Civilización*, una parte del análisis se despliega sobre las acciones implicadas, por ejemplo, en el comer, una actividad que, para el siglo XVI, todavía no encontraba, dentro de la casa, un lugar específico donde asentarse. En el siglo XVII entra en circulación, en Francia, una traducción al francés de la obra de Marcus Vitruvio Pollios [80-25 a.C.], titulada *Los Diez Libros de Arquitectura*, (1673, Libro VI, Capítulo X, pp. 212-213), obra que en el siglo I antes de Cristo, mostraba que en la Grecia Clásica, el diseño arquitectónico de las casas delimitaba dentro de ellas, espacios específicamente destinados a la realización de la actividad del comer.

Quizá para el siglo XVI, las sociedades europeas aún no habían llegado a advertir la posibilidad de establecer un enlace entre los significados y sentimientos implicados en la actividad social del comer, y los significados y sentimientos implicados en los espacios interiores de la vivienda, como ya había sido el caso, desde muchos siglos antes, del enlace establecido entre el espacio habitacional y el dormir, enlace que se tradujo en los conceptos *Sala para Dormir* o *Sala Dormitorio* —de *Salle à Coucher*— (Dibie, 1999), de tal forma que, al igual que el espacio implicado en ese concepto, se

pensara en un espacio específico al interior de la vivienda destinado a la específica realización del comer. A pesar de esta inadvertencia, para el siglo XVI, ese enlace ya había iniciado su muy lento y muy largo trayecto hacia la constitución de un espacio aparte, destinado a esa actividad dentro de la casa. Para el siglo XVIII, es posible hallar, ya, al interior de la casa, un espacio explícitamente dedicado a la actividad del comer: la sala comedor, la *salle à manger*. El libro de Nicolas Le Camus de Mézières, publicado en 1780 (pp. 173-186) y titulado *El Genio de la Arquitectura o la Analogía de este Arte con nuestras Sensaciones*, dedica buenas catorce páginas a la descripción de los ideales de salas comedores, adecuadas a diferentes sensaciones.

Dentro de ese lento y largo trayecto del enlace entre una actividad y un espacio, a partir del siglo XIX, esa sala estará también dedicada, en Francia, a mostrar a todos aquellos ajenos a la casa, el grado de avance socio-económico de los propietarios de la residencia (Guerrand, 1999; Perrot, 1999).

El análisis conducido por Elias pasa de incidir sobre la génesis psicosocial de los conceptos, de las acciones, y de las prácticas sociales, a incidir sobre la génesis psicosocial de los objetos implicados por esos conceptos, acciones y prácticas. Si los significados implicados en los seres humanos, en sus acciones y en sus estructuras sociales no pueden ser comprendidos, en su plenitud, fuera de la configuración que emerge de las interrelaciones humanas, así también, los significados implicados en los objetos producidos por el ser humano, no pueden ser comprendidos, en su plenitud, fuera de esa misma configuración, ni fuera de la configuración dibujada por las relaciones entre esos mismos objetos.

En el anterior sentido, la comprensión de los objetos usados por el ser humano a lo largo de su historia, reposa en la comprensión de la relación que se llegó a establecer, en ese uso, entre esos objetos: las cucharas respecto de las vasijas; las blusas o camisas respecto de las faldas y pantalones, las sábanas respecto de la cama, etcétera.

Nuestra comprensión de los objetos usados por el ser humano a lo largo de su historia, también reposa en nuestra comprensión de las distintas actividades humanas implicadas en ese uso y, en especial, reposa en nuestra comprensión de las relaciones entre esas distintas actividades. Todo lo anterior puede ser notado en el libro de Lazarus de Baif *Libelo de la Materia del Vestido —De re vestiaria libellus—*, publicado en París en 1535: La ‘camisia’ que el vulgo conoce como ‘chemisse’, es una túnica íntima... (Baif, 1535. p. 11). Así, ese libro comprende el sentido o el significado del objeto ‘camisia’, a partir del sentido o del significado del objeto ‘túnica’, a partir de la relación de ambos objetos entre sí, y a partir de la relación de ambos objetos con los sentimientos de sus usuarios, sentimientos que fueron socialmente definidos —y, sobre todo, socialmente valorados— a partir de los cuerpos de esos usuarios, los cuales eran, a su vez, comprendidos dentro de la configuración de los significados acordados, en la Francia del siglo XVI, a los cuerpos humanos: la intimidad del cuerpo y la intimidad del vestido. Estos últimos significados resultan ser paradójicos, cuando se advierte que, en ese siglo, las relaciones sexuales podían ser realizadas en presencia de cierto público.

A lo largo de la historia de las sociedades, en diferentes momentos, ellas han recurrido a diferentes palabras para identificar y, con ello, para conceptualizar las acciones humanas, las prácticas sociales, y los objetos que expresarían el avance o el progreso social que ellas habrían logrado alcanzar y, sobre todo, el avance y el progreso social que ellas habrían llegado a idealizar como objetivos a ser alcanzados.

El recuento de poemas recogidos por Gilles Corrozet (1571), bajo el título de *El Parnaso de Poetas Franceses Modernos* es un muestrario de las palabras que expresaban los ideales, y también lo reprochable para la sociedad francesa de finales del siglo XVI. Podemos notar que la palabra ‘moderno’ aparece ya en el título de la obra:

Vivir bien es estar contento  
(Atribuido a Ronsard, Abad en Mureaux)  
Es un excelente bien  
Vivir y vivir bien  
Hacer hacia Dios su oficio  
Hacer a su príncipe servicio  
Y contentarse del suyo (Corrozet, 1571, p. 81).

Podemos pensar que la mayor parte de esas palabras surgió como resultado de distintos procesos —conscientes o inconscientes— de construcción, de selección, de constitución, de distorsión, e incluso de olvido. Ése fue seguramente el caso de la palabra ‘Civildad’ y del concepto implicado en ella, entre tantas otras palabras.

Podemos pensar que es en el siglo XVI cuando se hacen patentes, bajo un mismo concepto, las invitaciones y recomendaciones para la domesticación de las funciones corporales básicas, y para la domesticación de los sentimientos, *i.e.*, de las emociones. Bajo el concepto de *Civildad*, a principios del siglo XVI, surge explícitamente el control de las excreciones corporales humanas en ambientes públicos, al alcance de la vista de conocidos y desconocidos, de iguales y desiguales. Bajo la cobertura de ese mismo concepto también emergieron, en ese mismo siglo, las recomendaciones para los trayectos que debían seguir los alimentos y las bebidas, de la mesa a la boca, en ambientes públicos.

Fuera de la cobertura del concepto de *Civildad*, recomendaciones de ese tipo ya eran conocidas en Europa desde el siglo XII. Claude Rousell (2006) pone al descubierto los vestigios de los diferentes escritos publicados, en Europa, desde la Baja Edad Media, dedicados a las maneras de mesa, o al ‘saber vivir’. De entre esos escritos destaca *Las Cincuenta Cortesías de Mesa —De Quinquaginta Curialibus ad Mensam—*, del italiano Bonvesin Della Riva [1240-1313], escrito en italiano lombardo y publicado en el siglo XIII.

El libro *El Proceso de la Civilización* de Norbert Elias es una suma analítica del proceso histórico de las domesticaciones señaladas párrafos atrás. El análisis conducido por Elias en el libro *La Sociedad Cortesana*, se amplía hasta alcanzar los espacios físicos de las residencias y de las habitaciones de la Sociedad Cortesana europea del siglo XVII, y hasta alcanzar las acciones y las prácticas desarrolladas en ellas. Podemos pensar que esas eran las residencias, las habitaciones, las acciones y las prácticas que las sociedades europeas habían llegado a idealizar y a conceptualizar como expresiones del avance o del progreso logrado por ella.

La reflexión acerca de los significados y, sobre todo, acerca de las valoraciones sociales de los espacios físicos habitacionales aparece, ya, en el Libro I, Capítulo XXXIX de *Los Oficios* de Cicerón [106 a.C. – 43 a.C.] (1777, pp. 225-230; cf., p. 226). Para Cicerón, no es el objeto físico de la casa lo que debe honrar al propietario, sino este último a aquella. La ostentación del poder personal, del poder social, de la riqueza, no deben remplazar la virtud de la persona. La ostentación es un mal que debe ser erradicado. El bien de una casa reposa en la virtud de quien la habita como propietario y como señor de ella y de todo cuanto hay en ella.

La relación de oposición entre la relevancia social, es decir, entre la valoración acordada a las posesiones personales —desde el vestido hasta la casa—, y las cualidades humanas y espirituales, es decir, las virtudes, es una relación que forma parte del entramado relacional que enlaza —y, así, sujeta— entre sí a los seres humanos y a sus posesiones, al interior de una sociedad.

Más allá de las contradicciones de la moral católica practicada en Roma, la conciencia social europea forjada a partir del Renacimiento, ha heredado de Cicerón y

de muchos otros anteriores a él, la distinción entre lo material y lo espiritual, entre el hacer el daño hacia sí mismo o hacia los Otros, y la virtud. Esa conciencia social puede advertir que el valor de la posesión de un objeto, por ejemplo, un vestido o una casa, no es inherente ni a la posesión misma, ni a los objetos mismos. Ese valor surge de las costumbres y sobre todo, como lo señalaría Paul Chailly a mediados del siglo XVII, de la ‘vecindad de las costumbres’, las cuales alimentarían la comparación de los valores susceptibles de ser acordados a los objetos y a las posesiones.

Dentro de la anterior perspectiva, la vecindad de las casas, la vecindad de las residencias, por ejemplo, implicó no sólo los problemas del daño causado por una casa sobre otra, y los problemas legales acarreados por ese daño, tal y como lo consigna Claude De Ferriere en 1688 (pp, 342-344), sino los problemas de comparaciones, es decir, cuál de las casas avecindadas es la más opulenta, cuál de las casas avecindadas contiene las mayores riquezas. Al parecer, el avance o el progreso personal y social reposaban, ahí, en un dilema. Por un lado teníamos la búsqueda y la obtención de la riqueza, y su exhibición, y por otro lado teníamos la virtud, y el recato y la modestia recomendados por la virtud. Al parecer tenemos, aquí, un ir y venir entre conceptos y prácticas opuestas, un ciclo irregular de posiciones en conflicto.

En la espectacular, en la radiante Francia del siglo XVII, se sintetiza una vía alternativa para la domesticación de los sentimientos, una vía alternativa hacia la Civilidad: Lo Mundano. Esa vía era relativamente distinta de ésta vía basada en el respeto de la razón y de la naturaleza, la cual había sido propuesta por Erasmo de Rotterdam en su libro *De la Civilidad de las Costumbres de los Niños*, publicado en 1530. La vía de lo mundano recomendaba la ligereza de los pensamientos y de las acciones, autorizaba el recurso a la mentira, a la hipocresía, a la fanfarronería, a la apariencias por la apariencia misma, y a un esmerado deseo de gustar.

Paradójicamente, la idea de *Lo Mundano*, construida y modelada en los salones de algunas residencias francesas del siglo XVII, proponía un ideal de comportamiento que seguiría reglas de convivencia alejadas de las reglas imperantes en las grandes y teatrales representaciones de las recepciones reales que se llevaban a cabo en el palacio del Louvre (Craveri, 2004, p. 23).

Dentro del horizonte de socialización delineado por la idea de *Lo Mundano*, la domesticación de los sentimientos, *i.e.*, de las emociones, sería una domesticación meramente aparente, la distinción entre el ‘bien vivir’ y el ‘mal vivir’ se desvanecería, y en el centro de ese desvanecimiento emergería la búsqueda de la satisfacción personal de todo eso que debía haber sido domesticado. Esta satisfacción personal se manifestará, en la Francia del siglo XVII, ya no en los espacios del Palacio de Louvre, sino en el espacio de las residencias privadas, en los salones de *les Hôtels Particuliers*, en los salones de las residencias de las mujeres de la corte.

Es, al parecer, Madame de Rambouillet la primera mujer que decide alejarse de la corte, abandonar el *Teatro del Mundo*, distanciarse de la vida cortesana para retraerse en los aposentos de su casa, retraerse en ese salón que después sería llamado la ‘Estancia Azul’. Según sus contemporáneos, los muros de la ‘Estancia Azul’ observaron el surgimiento de esa vía alternativa hacia la Civilidad, esa vía alternativa hacia la convivencia, esa idea de *Lo Mundano*, que luego serviría como ideal a seguir por la élite francesa de los siguientes siglos.

### **Los Órdenes de la Ciudad**

La vecindad de los seres humanos, de los grupos humanos, y de sus viviendas adquiere su más fuerte sentido en el entramado de las ciudades.

Para Platón, en *La República* (1991) —desafortunada traducción latina de la palabra griega *Politeía*—, la primera sociedad surge de la interdependencia impuesta por la búsqueda de la satisfacción de las necesidades de los seres humanos y surge, por lo tanto, de la cooperación exigida por esa interdependencia y por esa búsqueda (Fernández Galiano, 1991, p. 13). De esa primera sociedad, todavía informe, emerge la Ciudad-Estado, la *Polis*-Estado, la cual alcanzaría su nivel de excelencia bajo el mando de los filósofos-gobernantes (Fernández Galiano, 1991, p. 13). Ese nivel es alcanzado cuando la felicidad es la condición de vida de toda la ciudad, la felicidad es consecuencia de la justicia y la justicia depende del hecho de que cada clase social tome de la vida, la felicidad que le depara la propia naturaleza de su clase (Platón, 1991, Libro IV, I, 420b; I, 421c). El análisis que Romeri (2008) hace del concepto de Ciudad —*Polis*— en Platón nos muestra una Ciudad-*Polis* ideal, quizá ‘utópica’ en el sentido de Thomas More [1478-1535], la cual se desdobra en una Ciudad-*Polis* de racionalidad, de orden racional, de orden, y una Ciudad-*Polis* de belleza.

Para Aristóteles (*Política*, Libro I, Cap. II), en primer lugar, debe haber una unión entre éstos que no pueden existir sin los otros. La asociación de las familias —para él, la forma más natural de la asociación humana— producto de motores distintos de esos ligados a la satisfacción de las necesidades diarias, da lugar a las villas, de las cuales la forma más natural es la *Colonia* familiar. La congregación asociativa de las villas da lugar a la *Polis*, a la ciudad-Estado. Dentro de esta estructura de base familiar, cada familia aporta su ley familiar a su descendencia y a las esposas de los hijos de esa familia. La *Polis*-Estado es creación de la naturaleza y, así, el ser humano es un animal político por naturaleza y en su naturaleza:

Y ese que por naturaleza y no por mero accidente, carece de Estado, o es hombre malo, o está por encima de la humanidad. Él es como ese sin tribu, sin ley y sin corazón, que Homero denuncia, el rechazado natural es, también, un amante de la guerra, él puede ser comparado a una pieza (a una ficha de un juego como el Juego de Damas. Nota nuestra) aislada al azar (Aristóteles. *Política*, Libro I, Cap. II).

Podemos pensar que es a partir de Hipodamus de Mileto [498-408 a.C.] que se desarrolla el concepto de *Ciudad Física y Políticamente Ordenada*. La ciudad significada por ese concepto es la ciudad ortogonal, es decir, la ciudad diseñada como un entramado cuadrangular como el de un tablero de Juego de Damas, en la cual la *psiqué*, la política y la sociedad se mueven de acuerdo con el orden de la ciudad. Pero ese orden no emana del orden físico implicado en la ortogonalidad del diseño urbano, sino del orden social y político que rige a la ciudad, que rige a su diseño y que rige, por lo tanto, a su orden espacial: el orden de estructura jerárquica familiar, el orden de las leyes de las familias y, de ahí, el orden de la jerarquía social y política formada a partir de las familias. Por esta vía se construiría el orden físico de la ciudad, y ese orden regresaría al ámbito humano como un orden espiritual: la *Eudaimonia*, el ‘bien-espíritu’, la Felicidad de sus residentes, aunque estos últimos no incluyeran a los bárbaros y a los extranjeros, porque esa felicidad sólo emanaría de las familias originales. Así, ese orden precedería al orden de la ortogonalidad de la ciudad de Hipodamus (Burns, 1976).

Podemos pensar que es a partir de Platón que se desarrolla el concepto de *Ciudad Ideal* que puede ser hallado en diferentes pensadores, en diferentes momentos históricos, y en diferentes lugares: *La Ciudad Ideal* propuesta por Vitruvio en su *Arquitectura*; *La Ciudad de Dios* de San Agustín, [354 d.C. – 430 d.C.]; *La Ciudad de las Damas* —*La Cité des Dames*— de Christine de Pisan [1363-1430]; *La Ciudad del Sol* de Tommaso Campanella [1568-1639] (Blanchet, 1920; Bellagamba, 2010); La isla

de *Utopía* de Thomas More; la ciudad amurallada de Urbanus, en Italia; la ciudad amurallada de Richelieu, en Francia, del diseño de Jacques Lemercier [1584-1654]; la ciudad de Neuf Brisach, en Francia, del diseño de Sébastien Le Prestre Vauban [1633-1707]; y la ciudad de Brasilia de Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, entre otras.

La llegada de los peninsulares al Continente Americano abre, para ellos, la oportunidad de dar realidad, el Nuevo Mundo, a una idea de *Ciudad Ideal*, a una ciudad ortogonal como la pensada por Hipodemos de Mileto, una ciudad destinada a ser habitada exclusivamente por peninsulares y por criollos ‘puros de sangre’, y destinada a ser gobernada no por filósofos, pero sí por letrados (Rama, 1998, pp. 3).

### **El Espacio Literario.**

Los espacios de la ciudad (Rykwert, 2005) están marcados por los tiempos humanos y están imperceptiblemente atravesados por lo que acontece a quienes, de una manera u otra, tienen que ver con esos espacios.

Era ya más de la una de la tarde y los coches de esas señoras habían levantado todo el polvo posible desde la esquina del portal hasta la Plaza de Guardiola. Las calles principales de la capital tienen su hora de la misma manera que las personas tienen su cuarto de hora. Ese cuarto de hora es generalmente una debilidad. La capital tiene la suya que consiste en una especie de transacción escandalosa con las mujeres públicas (Cuéllar, 1890, p. 58).

El anterior fragmento de la novela de José Tomás de Cuéllar titulada *Los Fuereños*, asienta una hora y un lugar, un tiempo y un espacio, en los cuales algo acontece.

El espacio narrado en una novela, el espacio novelesco, el espacio narrativo pueden ser entendidos como elementos de simbolización y como elementos de significación, es decir, como elementos semióticos y semánticos, que, junto con otros elementos narrativos, estructuran y articulan el relato de ficción de una novela, de una obra literaria. El espacio novelesco, el espacio narrativo no es sólo el escenario físico o geográfico en el que se desarrollan las acciones de los personajes, no es sólo el escenario físico o geográfico que da sentido a la materialización del tiempo narrativo, es decir, del *cronos* narrativo. El espacio es todo eso, pero, principalmente, el espacio es un ‘elemento dinámico y significativo’ (Zubiaurre, 2000, p. 20) que echa a andar, junto con los otros elementos narrativos, el complejo mecanismo de la narración de ficción:

Una concurrencia numerosísima se coloca en ambas aceras á [sic] todo lo largo de ese hipódromo de yeguas humanas, que aún se atreven á cruzar, con la tranquilidad de la inocencia, algunas señoras y algunas niñas de la buena sociedad. El espectáculo no es nada edificante: coches con mujeres públicas, un público masculino, endomingado y lelo, haciendo alarde de su contemplación estática, sin las pretensiones de pasar por simple curioso (Cuéllar, 1890, p. 54).

La forma en la cual ha sido tratado el espacio narrativo, a largo de la historia de la producción literaria, no se ha mantenido constante, ni se ha limitado a una sola forma. Ese tratamiento y sus implicaciones semánticas, han sido guiados por las distintas perspectivas filosóficas, políticas y sociales enarboladas en los diferentes momentos históricos y en los diferentes movimientos literarios, en los que ha emergido la producción novelística. Podemos pensar que las delimitaciones implicadas en las fronteras nacionales han tenido un peso considerable sobre el tratamiento acordado al espacio narrativo, pero podemos igualmente pensar que ese peso ha sido mucho menor al peso imprimido por los momentos históricos y por los movimientos literarios.

Así, el tratamiento del espacio narrativo que podemos hallar en las novelas francesas del siglo XVIII, no será el mismo que el tratamiento que podríamos hallar en las novelas



francesas del siglo XIX. En el mismo sentido, el tratamiento del espacio narrativo que podemos hallar en las novelas inglesas del siglo XVIII, no será el mismo que ése que podríamos hallar en las novelas inglesas del siglo XIX.

Este tratamiento del espacio narrativo y sus implicaciones están presentes en el estudio que hace Norbert Elías sobre el proceso de civilización en Europa. Al parecer, el proceso de transformación de las formas de convivencia acompañó a los procesos de transformación de los espacios físicos en los cuales se desarrollaron esas formas de convivencia. Mientras que para el siglo XVI, en Francia, los espacios interiores de las residencias, los salones, no estaban destinados a actividades específicas, para el siglo XIX podemos hallar, en Francia, salones específicamente diseñados para fumar y para conversar (Percier, 1800 circa). En el mismo sentido, se transformaron las actividades realizadas en los espacios públicos de las ciudades, y, con ellas, se transformaron las formas de convivencia implicadas en esas actividades.

En la medida en la que el proceso civilizador redefine las relaciones sociales, con el cambio de ‘las costumbres y hábitos, normas de etiqueta y sentimientos de vergüenza’ (Goettert, 2009, p. 141), ese mismo proceso civilizador transforma y crea espacios para la producción y realización de esas nuevas costumbres y hábitos, para esas nuevas normas de etiquetas y para la manifestación de esos nuevos sentimientos de vergüenza: ‘[...] había llegado á [sic] creer en su pueblo que sus hijas iban á parecer ridículas en México; pero [les dio] la razón, cuando tuvo ocasión de compararlas con las jóvenes que encontraban en la calle’ (Cuéllar, 1890, p. 59).

Boves Naves en su estudio semiológico de la novela *La Regenta*, devela la importancia semiótica y semántica del espacio en los diferentes trayectos recorridos por el género de la novela a lo largo de la historia de la literatura universal. Esa investigadora sostiene que el espacio en la novela pastoril está representado por espacios abiertos; la novela picaresca promueve los cambios frecuentes de escenarios, ya que el viaje es el motivo y motor estructurador de la narración; en la novela realista cobra especial interés la narración de los espacios interiores (Boves Naves, 1985, p. 196).

[...] la producción sociogenética y psicogenética, constitutivos del Proceso Civilizador, tienen, en la producción de un espacio específico, la materialización y simbolización tanto del autocontrol como del control externo sobre la gente ‘civilizada’ (Goettert, 2009, p. 141).

En la novela realista, en la novela costumbrista y en la novela naturalista cobra especial interés la narración del espacio urbano. En las novelas producidas dentro de esas corrientes literarias, la ciudad cobra vida, se presenta como un organismo vivo, se constituye en un personaje real, se devela como ‘pre-texto, con-texto’, es el espacio urbano el que se nos presenta como ‘un texto abierto’ (Argüello, 2002, p. 230), en el que hay sujetos que lo habitan, que lo viven. La ciudad manifiesta su ‘estrecha relación entre la carne y la letra, la palabra y la piedra’ (Argüello, 2002, p. 231). Es en este espacio urbano narrado —y no descrito— en el que tienen cabida las expresiones estéticas del siglo XIX:

Efectivamente, la Vénus [sic] del Zócalo ha llegado á su último grado de desaseo y abandono, como las fuentes y todas las demás obras de ornato, para patentizar á la sociedad y á los extranjeros que en nuestros ediles no existe ese espíritu de nacionalidad y de patriotismo que se afana por manifestar la cultura y la ilustración de la capital de la República (Cuéllar, 1890, p. 65).

Las vidas cotidianas de gente común y corriente fueron captadas y plasmadas en los lienzos de Gustave Courbet, artista plástico iniciador del Realismo, la cual sería una

propuesta que contagiara a la expresión literaria, llevándola a dejar atrás a todos esos personajes que, en calidad de héroes, habitaron las páginas o los lienzos producidos bajo la corriente Romántica. Dentro de la expresión literaria, el Realismo dará vida a la cotidianidad de esos personajes que, dentro de una ciudad, son esencialmente anónimos. Ellos, los personajes anónimos, habrán de terminar por convertirse en el centro del Realismo, como nueva propuesta estética:

Al recibir las copas vacías el mozo, tropezó con un transeunte [sic] y rodaron copas y charola por el suelo. El ruido del cristal, al romperse, produjo la hilaridad entre los *lagartijos*: se detuvieron los transeuntes, refunfuñó el criado, y se pararon otros dos coches con carga española (Cuéllar, 1890, p. 62).

La corriente realista fue una propuesta filosófico-estética francesa que halló, para su expresión, dos ámbitos artísticos: la pintura y la literatura. Los artistas plásticos y literarios se dieron a la tarea de reproducir fielmente a su sociedad y bosquejaron un elaborado y amplio panorama que abrazara todos aquellos elementos que configuraban el entramado social de la época (Veloso, 2009, p. 91).

El contagio de esa nueva propuesta filosófico-estética se extendió, traspasó fronteras y surcó grandes mares hasta llegar a tierras americanas y penetrar, con igual fuerza que en Europa, en el arte de la producción literaria mexicana.

La novela fue el género literario que se apoderó y que representó el Realismo como corriente estético-narrativa. La novela fue el género que permitiría retratar objetivamente a la sociedad, es decir, que permitiría analizar la realidad, y desterrar, así, el subjetivismo y el sentimentalismo que caracterizaron la corriente romántica. La novela realista surge entonces como ese medio que hará:

[...] posible aplicar el método científico para el análisis de la realidad a través de la observación, descripción y clasificación de los personajes para concebir las leyes generales que serán las que regirán el comportamiento humano (Marquina-González, 2012, p.4).

En el seno de esa misma producción literaria, aparecida en las últimas décadas del siglo XIX, sobresale, indiscutiblemente, el tema de la ciudad. La ciudad como espacio geográfico, la ciudad como escenario, a la vez, receptor, constructor, articulador y, en muchos casos, como actor de las acciones de los personajes, es tratada como fuente del mal:

[...] me voy a mi pueblo para no volver jamás a la capital, [...]. No había podido apreciar hasta hoy la tranquilidad que se disfruta en medio de las costumbres sencillas, como tampoco había podido figurarme hasta donde [sic] pueden llegar los peligros del lujo y la prostitución de las grandes ciudades (Cuéllar, 1890, p. 186).

La ciudad, ese espacio geográfico, escenario de la articulación que da sentido a las acciones de los personajes que lo habitan, se erige como un espacio-escenario de la configuración simbólica del progreso y desarrollo de la sociedad:

-Pues y dónde me deja V. el telégrafo! dijo Doña Candelaria.  
-Vaya, pero eso es viejo. Ahora hay otra cosa que se llama el tele...  
-El teléfono.  
-Eso! Y es cierto que se platica?  
-Sí, señor, pronto lo va V. á ver.  
-Y cómo es eso?  
-Es como el telégrafo, mamá, dijo Clara, con la diferencia de que el teléfono es para oír (Cuéllar, 1890, p. 12).

Esta doble lectura, este doble simbolismo, la ciudad como fuente del mal, generadora de vicios y perdición moral, y, la ciudad como escenario de la configuración simbólica del progreso y desarrollo, en la que se manifiestan los más elevados niveles de refinamiento de las costumbres y de la convivencia social, plantea una paradoja, es decir, plantea una contradicción: la ciudad como emblema del progreso, desarrollo y niveles de refinamiento alcanzados por la sociedad es, a la vez, productora de vicios y fuente del mal:

En ese público que ha resistido y resiste el apodo de *lagartijas*, abundan los pollos imberbes, haciendo castillos en el aire, lamiéndose los labios, baboseando los nombres de las mujeres perdidas, y transmitiéndoselos, para llenar la estadística del vicio é [sic] iniciarse en sus misterios por el camino más corto y á la faz del mundo; y para completar cuadro, que tan poco honra á nuestras costumbres, el asunto de contemplar prostitutas, se combina con el asunto de poblar la larga fila de cantinas y tabernas que se repiten á cortos trechos en toda la avenida (Cuéllar, 1890, pp. 54-55).

## Bibliografía

Argüello, R. (2002). La Ciudad en la Literatura. En: C. A. Torres Tovar y E. Pérez Hernández (Coords.). *La Ciudad: Hábitat de Diversidad y Complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. pp. 230-237.

Aristóteles. *Política*.

Azuela, M. (1947). *Cien Años de Novela Mexicana*. México: Ediciones Las Botas.

Baif, L. de (1535). *De re vestiarum libellus: addita vulgaris lingue interpretatione, in adulescentulorum gratiam atque utilitatem*. Paris: L. Colineum.

Bellagamba, U. (2010). *La Cité du Soleil*. Saint Mammés, France: Le Belial.

Blanchet, L. (1920). *Campanella*. Paris: Alcan.

Bobes Naves, M. del C. (1985). *Teoría General de la Novela. Semiología de La Regenta*. Madrid: Gredos.

Burns, A. (1976). Hippodamus and the Planned City. *Historia: Zeitschrift fur Alte Geschichte*, 25, 4, 414-428.

Carballo, E. (2001). *Diccionario Crítico de las Letras Mexicanas en el Siglo XIX*. México: Océano-CONACULTA.

Cicerón (1777). *Los Oficios: Con los Diálogos de la Vejez, de la Amistad, las Paradojas y el Sueño de Escipión*. Traducido por Manuel Blanco Valbuena. Madrid: Joaquín Ibarra.

Challine, P. (1666). *Méthode Générale pour l'Intelligence des Coustumes de France*. Paris: M. Bobin.

Corrozet, G. (1571). *Le Parnasse des Poëtes François Modernes : Contenant leurs plus riches et graves Sentences, Discours, Descriptions et Doctes Enseignemens*. Paris: Chez Galiot Corrozet.

Craveri, B. (2004). *La Cultura de la Conversación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cuéllar, J. T., de (1890). Los Fuereños. En: Facundo (Pseudónimo) (J. T. de Cuéllar (Autor)). *La Linterna Mágica*, Tomo VII. Santander, España: Blanchard y Compañía. pp. 7-187.

De Ferreri, C. (1688). *La Jurisprudence du Digeste, Conferrée avec les Ordonnances Royaux, les Coutumes de France et les Decisión des Cours Souveraines*. Tome Second. Paris: J. Cochart.

Dibie, P. (1999). *Etnología de la Alcoba*. Barcelona: Gedisa.

Elias, N. (1988). *El Proceso de Civilización: Investigaciones Psicogenéticas y Sociogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N., and Scotson, J. L. (2008). *The Established and the Outsiders*. Dublin: University College Dublin Press.

Elias, N. (2003). Ensayo acerca de las relaciones entre Establecidos y Forasteros. *REIS, Revista Española de Investigación Social*, 104, 3, 219-251.

Fernández Galiano, M. (1991). La Génesis de la República. Introducción a 'La República' de Platón. En: Platón (Autor). *La República*. Valencia: Universidad de Valencia. Aires: [www.planetalibro.com.ar](http://www.planetalibro.com.ar)

Goettert, J. D. (2009). Espaço Civilizador: Considerações sobre o Corpo e a Casa a partir do Processo Civilizador. En: Jones Dari Goettert, Magda Sarat (Orgs.). *Tempos e Espaços Civilizadores: Diálogos com Norbert Elias*. Dourados, MS: Editora da UFGD.

Guerrand, R. H. (1999). Espaces Privés. En: Philippe Ariès et Georges Duby (Dirs.). *Histoire de la Vie Privée, Tome 4, De la Revolution à la Gran Guerre*. Paris: Seuil.

Le Camus de Mézières, N. (1780). *Le Génie de l'Architecture, ou l'Analogie de cet Art avec nos Sensations*. Paris: Le Camus de Mézières.

Marquina, I. y González, H. (2012). Espacio Urbano, Paraíso Mundano: *Los Parientes Ricos. Subje/Civitas. Estudios Interdisciplinarios sobre Subjetividad y Civilidad*. 9. Enero-Junio, 2012.

Percier, C. (1800 circa). *Petit salón de conversation et fumoir chez Mme. De Récamier*. Dibujo a la pluma y a la acuarela, 29 por 22.1 cm. Gallica - BNF.

Perrot, M. (1999). Manière d'Habiter. En: Philippe Ariès et Georges Duby (Dirs.). *Histoire de la Vie Privée, Tome 4, De la Revolution à la Gran Guerre*. Paris: Seuil.

Pizarro, N. (1868). *Catecismo de Moral*. México: Imprenta de J. Fuentes y Compañía.

Rama, A. (1998). *La Ciudad Letrada*. Montevideo: Arca.

Romeri, Luciana (2008). La Cité Idéale de Platon: De l'Imaginaire à l'Irrealizable. *Kentron*, 24, 23-33.

Roussell, C. (1994). Le Legs de la Rose : Modèles et Préceptes de Sociabilité Médiévale. En: A. Montandon (Ed.). *Pour une Histoire de Traités de Savoir-Vivre en Europe*. Clermont Ferrand: Association de Publications de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines, Université Blaise Pascal, pp. 1-90.

Rykwert, J. (2005). *La Idea de Ciudad: Antropología de la Forma Urbana en el Mundo Antiguo*. Madrid: Hermann Blume.

Veloso, I. (2009). Tipos Femeninos en las Novelas del Realismo y del Naturalismo Francés. *Rapsoda*. Revista de Literatura. pp. 91-104.

Vitruve (1673). *Les Dix Livres d'Architecture*. Paris: Coignard.

Warner, R. (1953). *Historia de la Novela Mexicana en el Siglo XIX*. México: Antigua Librería Robredo.

Dirección Postal para Correspondencia Física:

Irene Marquina y Horacio González  
Privada de las Flores N° 13  
Colonia Mariano Escobedo  
Coatepec, Veracruz 91517  
México